

LORENZO GARCÍA VEGA
Y LA LITERATURA

Lorenzo García Vega no supo escribir poemas, pero es uno de los mejores poetas de nuestra lengua. Autor de más de una veintena de obras que se sitúan en algún lugar entre la novela, el diario (onírico o no), la autobiografía y el disparate en prosa, nunca admitió un texto que no se riera de su propia posibilidad, a veces a carcajada limpia, porque García Vega es uno de los pocos poetas cómicos que han existido.

¿O habría que decir tragicómicos? Pues, conforme el diarista se acerca al ocaso, sus líneas se aferran al afán ansioso, el ya inexorable declive físico, la consulta a los médicos, las malas noticias sobre el estado del corazón, el insomnio. Triste el predominio de la función fática y del *yo* tripulante de una nave a la deriva: «No logro dormir, debido a la artritis. Entonces, al tomar unas pastillas, me duermo. Pero sin alcanzar la paz. O sea, durmiendo, pero sin que esté durmiendo (?). Es el miedo». Se hace angustiada la lectura de esas anotaciones que conformarán el último volumen, aún inédito,

de sus diarios, *La pata sobre el huevo* (verá la luz en la Editorial Rialta y edición de Michel Mendoza). Miedo, sí, en efecto, pues uno teme estar leyendo y, de repente, quedar huérfano.

Y con todo, incluso así no ha desaparecido, qué va, la posibilidad de que el discurso se contorsione y se vuelva sobre sí mismo, que es la condición última del humor, de la ironía. La sorpresa por lo que se acaba de enunciar es una constante en su escritura, la perplejidad, que al tiempo que caricaturiza lo dicho también lo aparta fuera de sí: qué locuras son estas que digo, cómo puedo decir eso, qué tontería. Pero lo he dicho, está escrito, y como está escrito, tiene un sentido. Recuerda al famoso monólogo de Novalis; sólo abismándose en el lenguaje y perdiendo la brújula somos capaces de las verdades más hondas. Una noción no extraña desde luego a García Vega, que, de camino, se convierte en su propio censor.

Estar en el texto y simultáneamente fuera de él, colocar la poesía en un plano autoconsciente y rector, desdibujando los versos concretos y la naturalidad de los mismos, su necesidad de ser así y no de otro modo. Una poesía que es su poética, su gramática. En eso también es un romántico: no resulta extraño que desemboque en un distanciamiento irónico y deje entrever, reflejado como en una caroca, la propia figura del *yo* sabiendo.

Por las páginas de García Vega desfilan casi todos los nombres de la literatura cubana, encabezados por el propio Lezama Lima. Tampoco es raro, ya que no hay reseña sobre él en la que no se lo adscriba a Orígenes y a su patriarca; y eso que su estilo está en las antípodas. García Vega debió de ser muy consciente de ello y su reacción no podía ser más que la humorada amarga y tierna; la atmósfera literaria y social de su época transformada en lata llena de cromos: Cintio Vitier, Fina García Marruz, Eliseo Diego, todo ello junto a la inevitable musiquilla del carro de helados, los actores de cine silente, las letras de los boleros, etcétera. Un circo unipersonal, como diría aquel otro bardo del norte, Charles Simic. Se convierte así la recepción del texto en «pasto» literario. Un remedo de discurso crítico, pero también su aniquilación: destruir la literatura, representar su combustión, como haría una Pizarnik, aunque a través del humor. Y hay que recordar que García Vega se interesó de veras por la narrativa y que uno de sus mayores empeños fue la elaboración de una gran antología de la novela cubana. El crítico, el poeta, el novelista.

Cuando la literatura ha ardido, quedan, tras la catástrofe, preguntas ahogadas en el humo —¿qué ha pasado?, ¿hay alguien ahí?—, voces que resuenan como un eco de la propia enunciación indecisa —pero... ¿qué estoy diciendo?, ¿esto qué es?—. En

última instancia, permanece la historia del yo, desgarrado, sí, porque se le niega lo que más quería, lo único que quería, un testimonio.

Y si ello sucede en el seno del texto, lo hace con más motivo en un marco más amplio, con el naufragio de su armada invencible, el grueso de las obras que configuran su espacio autobiográfico. Me explicaré, Lorenzo García Vega ha probado casi todos los géneros del yo: desde los poemas más o menos puros de su etapa juvenil hasta esa maravillosa antinovela que es *Devastación del Hotel San Luis* (2013), pasando por la crónica, *Los años de orígenes* (2007), o la autobiografía *El oficio de perder* (2005). Ha probado todos los géneros, pero para repetirse una y otra vez, incansablemente, sí, pues no hay quien pueda cansarse de tanto ingenio.

No importa qué texto del maestro tomemos; el resultado es que aquí y allá nos topamos con el color blancuzco, el marrón carmelita o jesuita, con Fred Astaire, algún vampiro, las hormigas que sueñan palacios oscuros, el paseo lunático hasta la colchoneta en un solar, el autismo... Paul Celan dijo: «restos acústicos, restos visuales en / el dormitorio mil uno»; lo que está condenado a morir junto a un yo, el miedo a morir, que es una cosa, y el miedo a ser devorado por la literatura, que es otra y peor, volverse asimilable a una experiencia compartida y a un espectro.

Por eso mismo, en tantas ocasiones el *yo* de García Vega se denomina a sí mismo fantasma o se aplica la cualidad de lo espectral; precisamente por estar desvelado en el espacio de la representación. El mismo rol que jugará su «personaje» anciano: qué hace un viejo en mitad de la literatura, qué hace un viejo insomne y achacoso en mitad de la belleza supuesta del arte y, lo que es más, qué hace un viejo en un mundo sin freno que ha endiosado a la juventud, lo fuerte y lo estético. Un viejo está condenado a ser un fantasma, pero el de García Vega está vivo. Quizás al poeta de Playa Albina se le reivindicará un día por haber dado voz a ese grupo social al que se aplica el paso previo a cualquier genocidio, la desposesión de una voz y hasta de su naturaleza humana plena (¿se podría, de otro modo, ingresar a los ancianos en esos campos de concentración de las residencias?).

Aunque no, ni por eso se le reivindicará; el genocidio tendrá voces más dóciles, menos incómodas; ésas ganarán. García Vega lo sabía, sabía que tenía que ser así, como si se cumpliera no sé qué escritura: él, el *bag boy*, el hispano al borde del desahucio, el poeta secreto que no había encontrado (¿buscado?) mejor empleo que aquél, el senil con movimiento involuntario del brazo, el anciano en el parqueo del supermercado de Miami... Él era el *yo* de la poesía contemporánea, el de la literatura de su tiempo, con él habría elegido

hablar de sus aprendizajes el mismísimo y redivivo Wilhelm Meister.

Tuve la suerte de conocerlo, a Lorenzo. Ocurrió en Córdoba, donde él intervenía en el ámbito del Festival Cosmopoética. No recuerdo qué año fue o, mejor dicho, me niego a consultarlo; sería una descortesía con el agujero negro, el agujero negro que tantas veces mencionó quien por desgracia y descuido nunca podré llamar amigo. Iba acompañado de Marta, su inseparable compañera, ella que no pudo vivir en Nueva York porque no era ciudad para él... Recuerdo su cayado, sus opiniones políticamente incorrectas, que hacían que Marta le chistase —se dice, no sé cómo, que aquel hombrecillo con mirada dispersa y ojillos claros, curiosísimos, podía ser terrible—. Se dice también que aquellas lecturas europeas fueron sus primeros reconocimientos verdaderos. Recuerdo leer la reverencia por él en los ojos de Mirta Rosenberg, otra de las invitadas, en los de Daniel Samoilovich o mi querido Carlos Pardo.

Aquella vez, Lorenzo se quedó un poco más en España. Y yo acudí a verlo y dejarle algo mío en la Residencia de Estudiantes. Luego cruzamos una serie de *emails*, tres o cuatro. En el último de ellos decía, si no recuerdo mal, algo de un reloj y que se sentía solo. No lo recuerdo, porque esos *emails* se han perdido. Cuando tuve que liberar espacio en la computadora no me

acordé, no los salvé. ¿Ironías del destino?, ¿radiaciones del agujero negro? Espero que publicar este libro sea una pequeña restitución, un grano de arena para colocar a aquel viejecito en el lugar que le corresponde, y que no puede ser mi memoria ni la de los pocos que siguen siendo sus *fans*. Autor de culto, dicen, pero eso es una perdición.

Es necesario aún que la noticia siga, como él quería, «en círculos creciendo». Aquí tienes, lector, a uno de los grandes.